

Escuela, campañas militares y genocidio indígena

Reflexiones a partir de los comentarios del Ministro de Educación y Deportes de la Nación



María Laura Diez, Noelia Enriz, Mariana García Palacios,
Ana Carolina Hecht, Laura Martínez, Gabriela Novaro y
Ana Padawer *

A fines de 1998, acompañábamos las clases de 6º grado en una escuela de la Ciudad de Buenos Aires. A cargo se encontraba una maestra preocupada por actualizarse. Tiempo atrás había desarrollado con los mismos niños el tema “sociedades indígenas”, procurando construir una imagen valorizada de estos pueblos. El tema ahora abordado era la migración (europea). En un momento la maestra preguntó a los niños:

- ¿Cómo quedó el lugar después de la campaña del Desierto?
- Vacío (respondieron varios alumnos)
- ¿Qué había que hacer? (volvió a preguntar la maestra)
- Llenarlo (contestaron los niños a coro)
- El país estaba preparado porque no tenía la amenaza del indio, la tierra estaba libre para cultivar... Estábamos preparados para crecer. (concluyó la maestra)

Esta maestra no era, ni es, un caso aislado. Numerosos programas y textos escolares, desde la conformación del sistema educativo, presentaron la llamada “Conquista del Desierto” con términos tales como “la guerra contra los indios”, “la lucha por la organización definitiva”, “los terribles malones”, “el azote a nuestras fronteras”, “la necesidad de ganar tierras al salvaje para el patrimonio nacional”. En la propuesta curricular del último gobierno militar se proponía “Destacar la persistencia del problema indígena y la estabilización de la situación luego de la campaña de Rosas” (DC 1981, p. 613). Hasta muy recientemente, los manuales escolares valoraban la figura de Roca como un presidente que permitió la incorporación de tierras para la agricultura y la ganadería. Por lo general los textos no ponían en cuestión el proceso de conquista, sino, a lo sumo, algunos abusos y excesos; exceso de representaciones (la pampa como desierto) y de prácticas (sometimiento y exterminio).

Abordar el tema de otro modo, comenzar a discutir el relato dominante, poner en duda las imágenes instaladas respecto de la “Conquista del Desierto” como un hecho “inevitable” para el progreso, no fue fácil para los maestros y maestras. Persistía en el imaginario de muchos de ellos el presupuesto de que “sin conquista no hubiera

* Antropólogas (UBA-CONICET). Integrantes del proyecto UBACyT “Transmisión intergeneracional de saberes y procesos de identificación en poblaciones indígenas y migrantes de la Argentina”, del Programa de Antropología y Educación, ICA, FFyL, UBA.

habido Nación”, aunque también muchos otros comenzaron a preguntarse qué nación se construyó con la conquista, y por qué la misma se presentó como la única posible.

Estos cuestionamientos se ahondaron en los últimos años cuando cada vez más colectivos docentes, organizaciones indígenas, y espacios de definición de políticas comenzaron a construir otra mirada y otro tratamiento del tema, buscando el sostén de investigaciones históricas y antropológicas que daban cuenta de los intereses en juego antes y después de la conquista, y también tras la instalación de la misma como un hecho natural e inevitable para el “progreso”.

Fue un proceso lento, con avances y retrocesos, que llevó muchos esfuerzos que hoy parecen estar siendo ignorados o descuidados desde los funcionarios a cargo de la gestión educativa. O al menos eso es lo que reflejan las recientes palabras del Ministro de Educación y Deportes de la Nación, Esteban Bullrich, cuando, en un acto público, asoció la inauguración de un Hospital Escuela de Veterinaria dependiente de la Universidad Nacional de Río Negro con la imagen de la Campaña al Desierto. Le alcanzó algo de prudencia y tal vez algún reflejo tardío para agregar que ahora esta campaña se haría sin espadas, con educación. De esta manera la educación quedó asociada a una estrategia de conquista y sometimiento.

Las palabras del Ministro generaron un profundo malestar y múltiples reacciones en las organizaciones indígenas, entre numerosos académicos y muchos colectivos docentes. Distintos comunicados alertaron acerca del desconocimiento que los términos del Ministro expresaban hacia la información histórica que hace varios años viene problematizando la imagen de “desierto” en tanto niega que los territorios conquistados estuvieran habitados, como de hecho lo estaban. También se denunció la omisión de referencias al exterminio, desposesión y reducción al servilismo de la población indígena de esos territorios, todos procesos que hicieron de la llamada “Campaña al Desierto” un proceso imposible de reivindicar desde una lectura mínimamente respetuosa de la historia.

Con esta expresión de la máxima autoridad nacional en materia educativa se reprodujo y legitimó, en verdad, el imaginario de parte de la academia, de cierto sentido común, de imágenes que como vimos en el fragmento que dio inicio a este texto, se encuentran instaladas desde hace muchos años en las escuelas y comenzaron a ser revisadas en los últimos años. La gravedad de asociar la educación a la conquista se advierte considerando también que estos estudios muestran que lo que el Estado hizo con los niños indígenas en el contexto de la “Campaña del Desierto” no fue precisamente educarlos, sino arrancarlos de los brazos de sus familiares en escenas públicas retratadas por los diarios de la época, para ser vendidos y convertidos en fuerza de trabajo como sirvientes de familias adineradas.

Consideramos que las palabras del Ministro no niegan solo la historia de desposesión, sino la actual reivindicación de derechos de los pueblos indígenas. Como docentes e investigadoras especializadas en temas de interculturalidad y educación entendemos que asociar la función de una institución educativa a la campaña militar es, también, una ofensa y un desconocimiento del papel de la docencia, las escuelas y el mismo sistema educativo en la lucha contra desigualdades e injusticias.

Las escuelas y también las universidades, ciertamente, cumplieron un rol histórico civilizador, nacionalista y asimilacionista en nuestro país. Pero también es cierto, como decíamos, que las instituciones educativas, en particular en los últimos 20 años, vienen sosteniendo sistemáticos esfuerzos por discutir esa función y esa imagen; tratando de presentar una versión histórica más fiel a los hechos de sometimiento indígena.

PUNTOS DE VISTA

El Ministro niega y desconoce, así, los continuos esfuerzos de muchísimos maestros/as, profesores/as y alfabetizadores/as por construir y transmitir en sus aulas otra historia, por incluir en condiciones de igualdad y respetando el derecho a la distintividad a los niños, niñas y jóvenes que han heredado una historia de despojo.

Desconoce, además, que desde hace muchos años y en gestiones de distinto signo político, en el Ministerio de Educación y Deportes que ahora dirige, se vienen haciendo esfuerzos por redefinir el rol que la escuela ha jugado históricamente en torno a las poblaciones indígenas: desde la organización de programas y proyectos de educación intercultural y creación de la modalidad de educación intercultural bilingüe, hasta el replanteamiento de los contenidos educativos comunes, el apoyo a la edición de material didáctico alternativo, las actividades de capacitación docente, la creación y sostenimiento del Consejo Educativo Autónomo de Pueblos Indígenas (CEAPI).

En definitiva, muchísimas propuestas para que en las aulas y en los patios de las escuelas, otra sea la versión de la historia que se transmite y construye con todos/as los/as estudiantes, y otras las miradas hacia los mismos niños y niñas indígenas que transitan parte importante de su infancia en una escuela que no debería conquistar nada, sino, más bien, aprender a escuchar y dialogar, y seguir trabajando para dar un lugar a aquellos/as a quienes el mismo sistema desconoció y expulsó.